

Cementerio San Miguel de Santa Marta

(De paso por el cementerio San Miguel de Santa Marta)

Joaquín A. Zúñiga Ceballos

© 10 327 141 02 May 2012

Santa Marta

Octubre de 2010

Contenido

A manera de introducción	2
1. Llegada al cementerio San Miguel	4
2. Forma y ubicación	6
3. Vías de circulación – Capilla	7
4. Arquitectura y arte funerario	10
5. Jerarquización social de la muerte	13
6. Colores y lápidas	16
7. Rituales de la muerte	17
Conclusión	19
Referencias	20
Bibliografía	21

A manera de introducción

Hace más de tres años (2007) surgió la idea de hacer un trabajo sobre el Cementerio San Miguel de Santa Marta. Listo. Lo primero que hicimos fue hacer una visita de reconocimiento del campo de trabajo. Fui armado de cámara y tome 136 fotografías de diferentes sitios, empezando por el frontispicio hasta llegar a la zona de columbarios en la parte trasera del cementerio.

Hicimos el recorrido por todas las vías transitables y tomamos notas de todo lo que veíamos que nos llamara la atención. La verdad sea dicha, no teníamos ningún plan. El resultado inmediato fue un reguero de notas al garete. Grabé 60 minutos al señor Álvaro Manuel Pérez González, empleado del cementerio y encargado de las sepulturas, pero igual, sin una programación o cuestionario previo orientado hacia algo específico.

Tony de la Cruz Restrepo, sociólogo y compañero de viaje, se comprometió en hacer matrices y formularios de encuestas, y varias veces nos reunimos en busca de un propósito para los mismos, pero nada de eso se hizo efectivo. Volvimos al cementerio, y volvimos a hacer el recorrido, comentamos cosas y tomé notas, con igual resultado.

Entusiasmados por el trabajo que queríamos hacer, concluimos que el objetivo del mismo sería establecer cómo en el San Miguel se reproducían las condiciones de jerarquización social y económica de la ciudad y cómo los cambios ocurridos en ésta producían igualmente cambios en el cementerio.

Sin embargo, el trabajo sobre el cementerio San Miguel seguía siendo un propósito que se aplazaba con el consabido: “Ya voy, ya voy... mañana empezamos...”

Personalmente nunca he sido muy amigo de los laberintos metodológicos y esas cosas de hacer un tratado de filosofía del conocimiento antes de abordar el trabajo en sí. La mayoría, dando un margen de posibilidad a la excepción, de los ensayos son duros de leer por tanto formalismo y ajustes metodológicos en aras de los cuales terminan sacrificando contenido del tema por darle y ajustarse a la forma.

Resolví, entonces, leer cuidadosamente los apuntes y escuchar una y otra vez la grabación, y formarme una idea de lo que quería hacer y una imagen global del cementerio. El trabajo estaba, pues, orientado a describir cómo el cementerio San Miguel de Santa Marta reproduce, en términos generales, la jerarquización social de la ciudad y cómo los fenómenos de orden económico de la ciudad se reflejan en éste. Me dediqué, entonces, a escribir. No quiere decir esto, de ninguna manera, que no haya una metodología en el trabajo, pero consecuente con el viejo filósofo, hay que confirmar que ésta se da a medida que avanzamos en la investigación, es decir que el mismo proceso de investigación nos da las herramientas metodológicas que hemos de requerir, y no que nos presentemos al campo de trabajo con un morral cargado de normas metodológicas en busca de aplicación.

De esa manera se ha hecho posible que llegue hasta ustedes este trabajo, el cual espero haya cumplido con el objetivo de ilustrar en términos generales sobre ese histórico camposanto.

Espero, además, que encuentre un alma piadosa y caritativa que se dé a la tarea de profundizarlo y ampliarlo, si así lo estima conveniente o simplemente, echarlo de lado.

Abordé la lectura de algunos trabajos relacionados que gentilmente me hicieron llegar amigos interesados en que se hiciera el trabajo sobre el San Miguel. Así, leí cuidadosamente los que reseño en la bibliografía, sin negar que es posible, claro que sí, que en este relato aparezcan ideas que en aquellos se expresan y que no siendo exclusividad de ellos coincidan con las mías, lo cual es lógico tratándose del mismo objeto de estudio; no obstante han sido referenciados. Por lo tanto hago claridad que lo aquí expresado está dentro del terreno del conocimiento y no pretendo, de ninguna manera, arrogarme originalidad alguna.

En el proceso de indagación contamos con la valiosa colaboración del señor Álvaro Manuel Pérez González, quien a esa fecha fungía como sepulturero, y de otras personas que tuvieron a bien suministrarnos informaciones sobre el tema, algunas de las cuales no fueron tenidas en cuenta ante la imposibilidad de confirmarlas con terceros. Igualmente he de señalar la reticencia de algunos funcionarios sobre información concerniente.

Tiene, pues, por objeto este trabajo describir la generalidad del cementerio San Miguel, orientado a mostrar cómo se refleja en él la estratificación social de la ciudad, cómo el crecimiento poblacional repercute en la utilización del espacio, cómo con el tiempo cambió el aspecto ornamental de las tumbas e introduce tendencias menos ortodoxas que antaño en la decoración de las tumbas.

Santa Marta, octubre de 2010

1. Llegada al Cementerio San Miguel

“Ninguno se ha levantado a saludarme, debo decir, pues, que mi tiempo aún no ha terminado, y si estoy aquí es sólo de paso”

La calle 21, conocida desde siempre como calle Burechito, no tiene salida ni vista al mar. Si ascendemos por ella, entiéndase como una manera de decir, en el orden numérico de las carreras, en línea recta, nos topamos de frente con la entrada principal del cementerio San Miguel de Santa Marta.



Entre las vías de acceso al cementerio, esta calle, desde la carrera 5ª hacia arriba, ha sido el pasaje tradicional de incontables cortejos fúnebres. Cuando por ella se transita se percibe el tufillo de las azucenas, gladiolos y otras flores arregladas en coronas que con el tiempo se ha impregnado en los muros de las casas y en la calzada. Con estas ofrendas de flores, que durante el desfile algunas cubren el cofre dentro del coche fúnebre y otras las llevan algunos miembros de la comitiva, para después adornar la sepultura, se simbolizan o recuerdan las dádivas ofrecidas, en épocas remotas, al difunto para el viaje.

En el cruce con la carrera 7 la calle se quiebra hacia la izquierda, en dirección al nororiente. Nos queda de frente, entonces, la fachada conformada por un largo muro, de poca altura, que se extiende entre las carreras 7 y 7A, y que hace de base a 33 columnas cuadradas, cada

una coronada por un ánfora medio cubierta por encima con un paño, construidas con cemento, cal y arena.

Deberían ser también 33 ánforas pero alguien resolvió que estas lucirían mejor en otro sitio, tal vez en la puerta de su casa, y optó por cargar con tres de ellas. Rejas de hierro forjado entre las columnas completan la valla de seguridad del frente del camposanto. Camposanto, debo aclarar, por lo que se refiere a un cementerio católico y así suele llamárseles, mas no como garantía de que todos los allí sepultados hayan llevado vida angelical.



Entre la décima y decimoprimer columna se levanta la entrada principal, formada por un portal en arco con dos pilastras laterales, cuyos capiteles terminan en volutas, y un frontispicio partido en el cenit. Dentro de la abertura del frontispicio se halla una especie de escudo con un relieve de San Miguel Arcángel, pisoteando la cabeza de satán, su enemigo ancestral, en la mano derecha empuña una lanza amenazante, de la que cuelga un pendón del extremo, y con la balanza de la justicia en la izquierda, el rostro del ángel pareciera expresar su grito de guerra: “Quién como Dios”. Todo el conjunto coronado por una cruz.^[1]

Algún curioso caritativo, pensando en corregir falencias de la escultura, resolvió retocar algunas partes de la imagen con pinceladas de pintura esmalte.

Entre las columnas 24 y 25 se extienden las dos hojas de una puerta, con las mismas características de la reja, que sin mucha ornamentación constituye la segunda entrada, la cual por lo general se mantiene cerrada.

El cementerio San Miguel fue construido, según nos dice el doctor Arturo Bermúdez Bermúdez, en el libro *Materiales para la Historia de Santa Marta*,^[2] por el obispo Fraga, quien lo empezó, y por el obispo Miguel Sánchez Cerrudo, quien lo terminó en 1808. La verja de hierro fue regalada por el señor Manuel Julián de Mier, e instalada por orden del obispo José Romero.

2. Forma y ubicación

En un trapezoide; esto es, un cuadrilátero irregular que no tiene ningún lado paralelo a otro, ni ángulos ni lados iguales, delimitado por los cruces de las calles 21 y 22 con las carreras 7 y 7A, se halla circunscrito el Cementerio San Miguel, ocupando una cuadra tan grande, metros más metros menos, como una y media hectáreas, al extremo sur-oriental del centro de la ciudad. En un pasado, cuando su construcción, quedaba a las afueras del perímetro urbano.

La mayoría de los cementerios comienzan siendo un pequeño trazado que se va extendiendo o ampliando en la medida que la demanda de espacio, tanto para vivos como para muertos, lo exige. Es lo que se conoce como expansión urbana por efecto del crecimiento demográfico. El buen diseño de un cementerio tiene necesariamente que considerar no sólo espacio suficiente para los muertos que allí han de ser sepultados sino, además, para los vivos, dolientes y acompañantes, que han de visitarlos, y requieren amplitud y comodidad.

El cementerio San Miguel, por el contrario, empezó siendo suficiente, más que suficiente, extremadamente amplio. Sus límites se extendían más allá de la calle 23, sin muro que lo limitara, entre carreras 7 y 8. La carrera 7A termina al unirse con la 8 al llegar a la calle 22.

En 1849 la población fue violentamente atacada por una epidemia de cólera con resultados desastrosos y una incalculable cantidad de muertos. Estos, por temor al contagio y para separarlos de los otros muertos (atrevido y aventurado sería decir de los muertos sanos) fueron sepultados en el extremo sur del cementerio, en el área que pasa más allá de la calle 22. Allí, en carretas, carretillas y carros de tracción animal, iban llevando cadáveres y enfermos en condiciones extremas y próximos a fallecer. Se ha dicho que, años después, en algunas exhumaciones se encontró que los restos óseos mantenían la expresión de desespero de la agónica muerte por asfixia. Esta zona se conoció como cementerio de los coléricos.[3]

El cementerio San Miguel estuvo dividido en dos partes, la zona occidental, unida a la carrera 7, fue destinada para sepultar allí los difuntos pertenecientes a otras creencias o que la iglesia católica tenía excluidos. Refiere el señor Alvaro Manuel Pérez G., quien fuera por años empleado del cementerio, que en esa área también sepultaban en el suelo los ataúdes rústicos con cadáveres de gente pobre que moría en el hospital San Juan de Dios y eran traídos en caros de mula y carretillas. La puerta de acceso a esta zona estaba a mitad de cuadra sobre la carrera 7. Todavía se puede observar en el muro el dintel de dicha puerta.

La otra parte comprende la zona central y oriental, a cargo de la curia. De ahí que la entrada principal y la capilla se encuentren ubicadas más próximas a la carrera 7A; es decir, hacia la parte oriental.

Con la extensión de la calle 22, Santa Rita, los límites del cementerio quedaron recortados hasta allí, y en compensación por la pérdida de ese terreno la curia recibió el área del sector occidental. Con ello la iglesia obtuvo el dominio y manejo total del cementerio.

3. Vías de circulación – Capilla

El cementerio, como ciudad del silencio y del no retorno, donde los vivos sólo llegan de paso, por momentos fugaces, para visitar, dar sepultura y despedir en el viaje sin regreso a familiares y amigos fallecidos, tiene un trazado de calles y carreras similar al de las ciudades, en las que en medio del bullicio y la luz se desarrolla el esplendor de la vida.

Vista desde arriba, la planta del cementerio San Miguel está estructurada a partir de las principales vías de circulación. Éstas, configuradas por la callejuela de la entrada principal, de la segunda entrada, que se prolonga hasta los límites con la calle 22, y de la transversal, entre oriente y occidente, tiene la forma de una letra “h” invertida.



Imagen tomada de Google earth

La vía principal de acceso, dotada en ambos lados de bancas o escaños y arborizada, llega hasta el pórtico de la capilla, allí es interceptada por la transversal que se extiende hasta cruzarse en perpendicular con la vía secundaria. En este cruce, en medio de la vía, se erige la escultura de un crucifijo, con una altura aproximada de seis metros, construida a mediados de los cincuenta por el arquitecto Dídimo Rojas. Detrás y al pie de ésta se halla la

tumba del sacerdote católico Alfonso Lizcano Gómez, fallecido en 1974, quien en vida había solicitado ser sepultado a los pies de ese crucifijo.

Orientadas de norte a sur o de la calle 21 hacia la calle 22, siguiendo el mismo sentido de las vías de acceso, se extienden las carreras. Las cuales, a diferencia de otros cementerios, no son cruzadas por calles para formar el damero o trazado hipodámico de las ciudades. Sólo en el ángulo posterior del terreno, formado por la calle 22 con la carrera 7A, aparecen las calles, mas no ya las carreras.

Casi toda la superficie transitable de la necrópolis está pavimentada con baldosas blancas y negras. Simbolismo éste alusivo a la ley de los contrarios. Del bien y el mal, la vida y la muerte.

Al extremo de la entrada principal encontramos la capilla. La primera capilla fue construida por el obispo Miguel Sánchez Cerrudo, quien al morir en diciembre de 1810 fue sepultado en ella.[4] Esa capilla, con techo de dos aguas hecho con láminas de zinc, era más grande que la de hoy.



Casi siglo y medio después fue demolida la vieja edificación y en su reemplazo la señora Ana Riascos de Dávila construyó la actual, en memoria de su esposo, Francisco Dávila Pumarejo. Hecho que se resalta en placa de mármol colocada en una de las paredes al interior de la capilla, fechada en agosto de 1952.

La capilla, según se aprecia en su planta, es de estilo románico;[5] en forma de cruz ansada o egipcia. El brazo del lado occidental lo constituye una cripta de superficie, propiedad de la Familia Dávila Riascos, comunicada con el interior de la capilla por una puerta enrejada.

Las paredes laterales de la cripta tienen capacidad para 32 osarios y dos o tres bóvedas cada una; en la parte trasera, un oratorio con un vitral de fondo, formado con la imagen de un crucifijo. El otro brazo es ocupado por las oficinas de la administración del cementerio, a cargo de la curia, y desde noviembre 14 de 2005 a través de la fundación Juan Pablo II. Dos altas ventanas, y en medio de éstas un nicho con la imagen de la Virgen María, se abren al fondo del ábside.

Al lado izquierdo del pórtico, vista la capilla de frente, se levanta la espadaña o campanario, con tres campanas pequeñas. En algún tiempo sonaron las tres, pero que yo recuerde, hace algunos años escuché sonar a dos cuando tocaban a muerto con un sonido seco “tlau”, sin resonancia. Actualmente sólo accionan una, porque de las otras dos, me ha dicho un empleado, una tiene mal sonido y a otra se le partió el badajo o émbolo, el cual han hecho soldar varias veces pero vuelve y se parte.

4. Arquitectura y arte funerario



Monumentos en mármol

La necrópolis es un reflejo de la vida en las ciudades, no porque en éstas haya muertos vivos merodeando por ahí, que no sería nada extraño, sino porque en aquélla se reproducen las condiciones urbanísticas y las jerarquías y categorías sociales.[6] Así como en la ciudad encontramos suntuosas construcciones arquitectónicas para vivienda de los grupos sociales prominentes, en contraste con los ranchos o casas formadas escasamente por cuatro paredes como cajones con puertas y ventanas, en los cementerios observamos los grandes mausoleos recubiertos con mármol y decorados con esculturas y adornos del mismo material, como expresión de poder económico, frente a sepulturas en el suelo, distinguidas apenas por una placa o lápida que las identifica, de la gente de escasos recursos.

Conocidos en general como monumentos fúnebres, podemos distinguir las siguientes edificaciones:

Mausoleo.- Es una estructura caracterizada por tener cabida para varios cadáveres, provista además de pequeños depósitos para cofres con restos o cenizas, llamados osarios. Son de considerable tamaño y lujo; de propiedad privada, ya sea de grupos familiares, de empresas o de asociaciones. Suelen confundirse con los panteones y las criptas.

Sepulcro.- Conocido también como tumba, es una construcción levantada del suelo con capacidad para uno o dos cadáveres.

Cenotafio.- Consiste en una formación en material, recubierta o no con mármol, representando algún símbolo. No contiene cadáver y sólo es representación del difunto.



Mausoleo



Sepulcro



Cenotafio

Bóvedas o cañones.- Llamadas también en forma de horno por traducción del inglés “Oven-like tombs”. [7] Se encuentran en extensas galerías formadas por hileras verticales de cuatro bóvedas. Se hallan en la zona posterior del terreno y pegadas a las paredes rodeando el perímetro del camposanto. Son de propiedad de la curia, están distinguidas por una placa numerada y destinadas al arrendamiento por dos o tres años, vencidos los cuales se deben exhumar los restos.

Columbarios.- Son similares a los anteriores pero los nichos son de menor tamaño y profundidad, se les conoce también como osarios, destinados para depositar las urnas con cenizas o restos después de la exhumación, pasados dos o tres años del fallecimiento. Son de construcción particular o en galerías vendidas por la curia a perpetuidad.



Bóvedas o cañones



Columbarios

Sepultura.- Específicamente entierro bajo el nivel del suelo para un solo cadáver. Esta práctica fue usual en el cementerio San Miguel en el siglo XIX y comienzos del XX. Hoy está en desuso

Criptas de superficie.- No obstante su confusión con el mausoleo y el panteón, se caracterizan porque a diferencia de éstos son edificaciones con espacio interior en el cual se encuentran las bóvedas a lado y lado de las paredes y por lo general al fondo tienen un pequeño altar u oratorio. Están protegidos por puertas enrejadas. Destacamos de éstas la de Martín Salcedo Ramón y la de Pedro Manuel Dávila, al lado izquierdo y derecho de la capilla respectivamente, edificaciones de cuatro metros de altura, aproximadamente, con dos pilares soportando un arquitrabe y sobre éste un frontón.

Cripta subterránea.- Es ésta la autentica cripta hallada generalmente en las iglesias. Está bajo el nivel del suelo, se llega a su interior por una entrada en la superficie y descendiendo por una escalera. Están provistas en su interior de varios cañones. De estas encontramos la



Cripta subterránea. Familia Linero

de la familia Linero, que se encuentra hacia la izquierda y en diagonal con la de Martín Salcedo Ramón. Decorada con una columna truncada sobre una base cúbica. La parte baja cercada alguna vez por cadenas que pendían de diez pilares.

Como elementos decorativos del orden del arte y la arquitectura funeraria encontramos: cruces en variados estilos, columnas truncas o cipos de los diferentes ordenes, obeliscos pequeños y medianos, algunos obeliscos y cipos son rematados o coronados por una cruz, ángeles con las alas hacia arriba, ángeles con las alas hacia abajo, ángeles con una trompeta en la mano izquierda y con el índice de la otra señalando hacia arriba, vestales sosteniendo una cruz o una corona de laureles y señalando con el índice hacia arriba, aras o arcas, lápidas con bajorrelieves de relojes

de arena alados, con coronas de laureles y cipreses; nichos, bustos con la figura del difunto, bajorrelieves de mujeres dolidas y ángeles niños revoloteando en torno a nada; todos éstos en mármol blanco, gris o negro, y réplicas de los mismos en cal, cemento y arena.

5.- Jerarquización social de la muerte

El cementerio San Miguel, como los demás cementerios, reproduce la jerarquización y el orden social de la ciudad,[8] de tal forma que los difuntos se encuentran, hasta cierto punto, agrupados de acuerdo al estatus a que corresponden.



La parte más antigua del cementerio se encuentra frente a la capilla en proyección semicircular hacia adelante, y comprende el espacio ocupado por las tumbas y mausoleos de las familias de mayores recursos y posición social. A lado y lado de la vía de entrada se aprecia la presencia del mármol y de objetos decorativos del mismo material en los diferentes monumentos, siendo más notable en el sector del lado derecho de esta vía, o zona central delantera. Se destacan mausoleos que por su colocación permiten vislumbrar el orden y el espacio entre uno y otro que existió hasta los años sesenta.

En ese sector se observa que al lado de una tumba suntuosa se halla otra de ornamentación sencilla. Esto corresponde a la época en que la población de Santa Marta se concentraba en el centro, en el espacio demarcado por la línea férrea y la calle 22 o Santa Rita. En esa época, en el centro de la ciudad, la distancia urbanística y social entre las clases, sin negar que existieran, no era muy notable.

Desde cuando se eliminó el enterramiento en las iglesias, a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX,[9] las clases pudientes, que gozaban de ese privilegio, han procurado en los cementerios tener sus tumbas lo más cerca posible de las capillas, esto es notable en

el cementerio San Miguel donde los monumentos más suntuosos se hallan próximos a la capilla, por la parte delantera y por los lados. Se ha dicho que “Entre más cerca estén los muertos de la capilla, más cerca estarán de Dios”.

Hasta la década del sesenta la zona del cementerio comprendida entre la entrada principal y frente a la capilla constituían, sin muchas pretensiones y guardando las proporciones, un auténtico museo de arte funerario en Santa Marta. No obstante la extensión del terreno, los enterramientos estaban concentrados en ese sector, parte delantera.



Entre los años cincuenta y setenta la población de Santa Marta aumentó casi tres veces, pasando de 47.354 en 1951 a 128.755 en 1973,^[10] como consecuencia el número de muertos aumentó también y el cementerio debió expandirse dentro de sus límites. Es de señalar, como se hizo al comienzo de este trabajo, que este cementerio empezó con una gran extensión de terreno del cual sólo era ocupada la parte delantera, entre la valla de la calle 21 y la línea transversal que parte del frente de la capilla, permaneciendo el resto escasa y ocasionalmente utilizado y enmarañado.

Un aspecto a resaltar como causa de la utilización del cementerio San Miguel limitada a la población del centro de la ciudad es que los núcleos poblacionales cercanos como Taganga, Mamatoco, Bonda y Gaira siempre han tenido sus propios cementerios.

Debido, pues, al aumento de muertos y en consecuencia de los enterramientos, el cementerio San Miguel llegó a sus límites y se desbordó notablemente en sobre población, cubriendo toda el área posterior próxima a la calle 22, lo cual ha ocasionado la utilización irracional y caótica del terreno en la construcción de tumbas y columbarios. Encontramos así construcciones en medio de la vía y en el espacio que debería quedar libre entre monumentos, quebrando la estética de éstos.

Una mirada general nos permite apreciar que después de la década del cincuenta decayó el uso del mármol en las tumbas, y de esculturas, columnas, obeliscos y demás objetos de arte funerario, remplazado en gran parte por la utilización del granito y réplicas de las esculturas en cemento, cal y arena. Se nota el poblamiento de sectores de niveles medios, con tumbas diseñadas en un orden moderno, con la utilización del granito o estuco, y con poca suntuosidad, y sectores pobres que con esfuerzos lograron hacerse al terreno y construir su tumba familiar. Al lado de esto la curia aumentó la construcción de columbarios para la venta de osarios y de galerías de bóvedas de alquiler pegadas a las paredes cubriendo el perímetro del camposanto. Ante este hecho de saturación de espacio en el cementerio San

Miguel se dio curso a la construcción de un jardín funerario y el 26 de octubre de 1973 se constituyó “Jardines de paz”.

Los cadáveres duran sepultados por un tiempo hasta de tres años, luego son exhumados y depositados en osarios, y las tumbas son reutilizadas. Entre las tumbas clásicas se observó que varias se encuentran abandonadas, debido a que sus propietarios migraron hacia otras ciudades.



En los años setentas se produjo en Santa Marta la llamada “Bonanza marimbera”, con sus nuevos ricos, vendettas entre grupos con su secuela de muertes, e inseguridad general en la ciudad. Los dueños de casas en prevención optaron por enrejar el frente de sus casas. Este fenómeno se reprodujo en el cementerio haciéndose evidente con la aparición de tumbas y osarios suntuosos con estilos arquitectónicos modernos y, al igual que las casa en la ciudad, protegidas con rejas metálicas, en prevención a la profanación y al saqueo.

6.- Colores y lápidas

Ha sido tradición que los colores característicos de los cementerios sean negro, blanco, gris y hasta morado, pero desde hace algunos años se observan tumbas y osarios que resaltan por estar pintados de verde, rojo, azul, rosado. De igual forma se encuentran tumbas con pinturas de vistosos paisajes. Todo lo cual indica un cambio en la concepción sobre la muerte, mitigando el aspecto lúgubre que se observaba en los camposantos.



Las lápidas metálicas, en mármol u otro material se han caracterizado por tener, además de los datos del difunto, una cruz, la imagen en bajorrelieve de Jesús, la Virgen o de ángeles. Actualmente encontramos lápidas que tienen incrustada la fotografía a color del finado.



Los epitafios más usuales son fragmentos de pasajes bíblicos, oraciones, poemas y mensajes de afecto y reconocimiento. Es la manera que tienen las personas de eternizar por escrito su sentimiento hacia el finado.

Así como encontramos una tumba con buen acabado y lápida en mármol, hallamos al lado otra con un rustico o incompleto acabado, con la tapa frontal con los rastros del cemento esparcido para sellarla, con las señas o datos del difunto escritos a mano con pintura oscura o marcados sobre el cemento fresco.

Sin distingo de niveles sociales, algunas tumbas se hallan adornadas con flores frescas, otras mantienen los restos de flores marchitas y resecas, las hay también que evidencian el abandono de sus dueños. Pero en algunas otras, para mantener las tumbas adornadas de flores sin tener que recurrir a cambiarlas, instalan floreros con flores artificiales, que al pasar el tiempo pierden su color y apariencia de frescura hasta convertirse en desechos plásticos amarillentos.

7.- Rituales de la muerte

A diferencia de otras ciudades el culto a los muertos en Santa Marta no es muy notable o perceptible, si acaso lo hay. Los lunes, día de la “Almas Benditas”,^[11] que no está dentro de las prácticas de la Iglesia Católica, en el cementerio San Miguel no se produce ningún tipo de manifestación especial por parte de los deudos visitantes; siendo el flujo de éstos igual que cualquier otro día. En la capilla se celebra la eucaristía todos los días a las cinco de la tarde, y los domingos en las horas de la mañana. El día de los difuntos, dos de noviembre, aumenta la cantidad de visitantes llevando ofrendas florales y dedicando una oración en la tumba de su sus difuntos, sin que suceda nada extraordinario.



Mariachis tocan ante una tumba (foto del autor)

Algunas familias conmemoran algunas fechas en particular de sus parientes difuntos llevando ante sus tumbas conjuntos musicales, cuerda o acordeón, y preparan comidas y consumen licor, del cual derraman tragos en el suelo en ofrecimiento al finado. Estas “parrandas” son autorizadas por el sacerdote a cargo de la administración del cementerio.

Se observó en algunas tumbas la presencia de cera derretida de velas consumidas, ofrecidas por alguna persona extraña al difunto que llega hasta esa tumba para rezar y pedirle favores,^[12] según ha dicho el señor Manuel Pérez González. Las tumbas más visitadas con este propósito fueron, ya que según él ya no es frecuente, las del general Florentino Manjarres, la de la hermana Lucia y la de la señora Antonia Diazgranados de Vengohechea. El general Florentino Manjarres, nacido en ciénaga, peleó en la guerra de los mil días; su tumba está en la vía transversal. La hermana Lucia nació en 1850 y vivió hasta 1922, prestaba sus servicios en el hospital San Juan de Dios y recorría la ciudad visitando las



Gral. Florentino Manjarres



Sra. Antonia de Vengohechea

casas en solicitud de ayuda para los pobres de caridad. Sus restos se hallan en el mausoleo en forma de iglesia de las Hermanas de la Presentación, próximo a la valla del frente en medio de las dos entradas.

Conclusión.

El cementerio San Miguel de Santa Marta construido en 1808, tiene forma de un trapecioide que ocupa cerca de dos hectáreas al extremo sur-oriental del centro de la ciudad. Cuando fue construido quedaba fuera del perímetro urbano.

En aquella época era demasiado extenso. El área del extremo posterior fue ocupada para sepultar a los muertos de una epidemia de cólera que afectó la ciudad en 1849. Posteriormente, cuando se extendió la calle 22 fue recortado, quedando así limitado por esta calle.

Como la mayoría de cementerios, el San Miguel reproduce las condiciones sociales de la ciudad; esto es, se hace evidente una jerarquía social ante la muerte. Así, a los lados de la callejuela de la entrada principal y al frente y a los lados de la capilla se encuentra la mayoría de los monumentos que utilizan mármol y figuraras de arte funerario, es ésta la zona donde se hallan sepultados miembros de familias pudientes, y que hasta la década del 50 constituía un verdadero museo de arte funerario. Más hacia los extremos encontramos réplicas de esos monumentos y de esculturas en cemento cal y arena, pertenecientes a sectores de condiciones medias y las sepulturas más modestas de los pobres (No quiere esto decir que sea una rígida condición).

El trazado de calles y carreras, en forma de damero, se halla interrumpido por la invasión de espacios de circulación con tumbas.

Los monumentos funerarios están representados por mausoleos, galerías de bóvedas, sepulcros, criptas y columbarios, en los que se aprecia el uso de colores como el rojo, azul, verde rosado, además de los tradicionales, negro, gris, blanco y violeta.

Las lápidas se pueden clasificar en las clásicas de mármol y metálicas con imágenes de santos y algún epitafio, así como la nueva modalidad de incrustarles la fotografía en color del finado, hasta la sola inscripción manual en pintura sobre la tapa del cañón. Epitafios los hay desde citas bíblicas y versos hasta variadas expresiones de afecto de los deudos hacia el difunto.

Hasta donde se pudo averiguar, en el Cementerio San Miguel de Santa Marta no se evidencian prácticas específicas de rituales de la muerte ni actos especiales los días lunes, días de las “Almas benditas”, salvo ocasionales reuniones acompañadas por conjuntos musicales y comida para conmemorar alguna fecha especial del fallecido.

Referencias

- [1] wikipedia, *Arcángel Miguel*. http://es.wikipedia.org/wiki/Arc%C3%A1ngel_Miguel
- [2] BERMÚDEZ BERMÚDEZ, Arturo, *Matetiales para la historia de Santa Marta*, Editorial Kimpres Ltda., Bogotá, 1997
- [3] Ibit., p. 168.
- [4] ibit., pp. 166-167
- [5] Wikipedia, Iglesia románica en Catedral de Santiago de Compostela http://es.wikipedia.org/wiki/Catedral_de_Santiago_de_Compostela
- [6] GONZÁLEZ VARGAS, Juan Camilo y otros. Cementerios en el altiplano cundiboyacense, en *Revista Historia Crítica n° 32*. Universidad de los Andes. Bogotá. 2006, p.239
- [7] Según traducción de J. S. Curl, citado por Juan Camilo González Vargas en “el cementerio de Usaquén, un estudio se cso sobre las manifestaciunoes especiales del orden jerarquico de la sociedad, en *Universitas humanistica n° 64*, Bogotá, julio-diciembre de 2007, p. 264.
- [8] Ibit., pp. 267-268
- [9] RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Ana Luz, *Cofradías, capellanías, epidemias y funerales, una mirada al tejido social de la independencia*, Banco de la República / El Ancora editores. Bogotá 1999, pp. 208-217.
- [10] MEISSEL ROCA, Adolfo. *La economía de Ciénaga después del banano*, Centro de estudios económicos regionales (CEER, Documento de trabajo sobre economía regional, Banco de la República. Cartagena. Nov 2004.
- [11] GONZALEZ VARGAS, op cit., p. 268
- [12] Según testimonio del señor Álvaro Manuel Pérez, la personas, en especial mujeres, continúan rezando en tumbas que nada tienen que ver con ellas, mas la práctica de encender velas entro en desuso.

Bibliografía

BERMÚDEZ BERMÚDEZ, Arturo, *Materiales para la historia de Santa Marta*, Editorial Kimpres Ltda., Santafé de Bogotá, 1997

CALVO ISAZA, Oscar Iván. *El cementerio Central de Bogotá, la vida urbana y la muerte*, Bogotá, TM editores, 1998-

GONZÁLEZ VARGAS, Juan Camilo. “El cementerio de Usaquén, un estudio de caso sobre manifestaciones especiales del orden jerarquizado de la sociedad”, en *Universitas humanistica* n° 64, Bogotá, julio-diciembre de 2007, pp. 259-273

GONZÁLEZ VARGAS, Juan Camilo y otros. Cementerios en el altiplano cundiboyacense, en *Revista Historia Crítica* n° 32. Universidad de los Andes. Bogotá. 2006. pps 236-272.

MEISSEL ROCA, Adolfo. *La economía de Ciénaga después del banano*, Centro de estudios económicos regionales (CEER, Documento de trabajo sobre economía regional, Banco de la República. Cartagena. Nov 2004

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Ana Luz, *Cofradías, capellanías, epidemias y funerales, una mirada al tejido social de la independencia*, Banco de la República / El Ancora editores. Bogotá 1999